

El Espejo Roto

La luz del salón era demasiado blanca, demasiado hirviente para los ojos de Julián. Se despertó con la mejilla pegada a la alfombra, sintiendo el patrón de la lana áspera grabado en su piel como una marca de ganado. El olor a vino agrio y a tabaco frío lo envolvía todo, una atmósfera densa que parecía haber cobrado vida propia durante la noche. Pero lo que realmente lo despertó de su letargo no fue el malestar físico ni la punzada eléctrica en sus sienes, sino un sonido pequeño, casi imperceptible: el roce de una mochila escolar contra el suelo.

Abrió los ojos con un esfuerzo que le pareció sobrehumano. A menos de un metro de él, su hija Clara, de ocho años, lo observaba. No lloraba. No gritaba. No había en ella la rabia que Julián encontraba en su esposa. Simplemente estaba allí, de pie con su uniforme impecable, mirándolo con una mezcla de curiosidad clínica y una tristeza tan profunda que parecía pertenecer al rostro de una anciana, no al de una niña que debería estar pensando en juegos. Julián intentó incorporarse, pero sus brazos fallaron, sus músculos eran gelatina, y volvió a caer pesadamente, derribando una botella vacía que rodó por el parqué con un eco metálico que sonó como una campana fúnebre.

—Papá, he desayunado sola —dijo ella con una voz plana, carente de emoción—. Y ya sé hacerme el nudo de los zapatos. Me ha enseñado mamá porque tú estabas durmiendo en el suelo. No hace falta que te levantes.

Julián quiso decirle que la quería, quiso inventar una excusa estúpida sobre una gripe repentina o una mala noche de trabajo, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta seca, pegajosas como el almíbar rancio. Clara dio media vuelta y salió de la casa con su madre, que ni siquiera entró en el salón para mirarlo; el silencio de su esposa era un muro de hormigón que él mismo había levantado ladrillo a ladrillo, botella a botella. El clic de la cerradura al cerrarse fue el sonido más definitivo que Julián había escuchado en su vida. En ese instante, mientras el polvo bailaba en los rayos de sol que iluminaban su propia degradación, Julián comprendió que no solo estaba perdiendo su salud; estaba borrando su existencia del corazón de su hija.

Una hora después, Julián caminaba por las calles con el alma en carne viva. Cada paso era una negociación con la náusea. Necesitaba el olvido, el calor familiar del alcohol que adormecía la culpa, pero cada rincón de la ciudad parecía devolverle el rostro de Clara. Terminó, impulsado por una inercia destructiva, en el piso de Marcos, en el barrio viejo. El lugar era el reverso tenebroso de un hogar: las persianas siempre bajadas para que el tiempo no pasara, montañas de platos sucios y ese aire estancado que solo se encuentra en las guaridas de quienes han decidido que el mundo exterior ya no tiene nada que ofrecerles.

Marcos lo recibió con una sonrisa de complicidad que a Julián le pareció, por primera vez, una mueca de calavera. Sirvió dos vasos de ginebra sin preguntar, con la eficiencia de quien administra una medicina necesaria.

—Vaya cara traes, Julián. Parece que has visto a un muerto en el espejo. Bebe esto, te pondrá los nervios en su sitio y mañana será otro día.

Julián miró el vaso. Durante quince años, ese líquido transparente había sido su armadura, su mejor amigo, el lubricante social que lo hacía sentir ingenioso y valiente. Pero hoy, el olor del alcohol le provocó un rechazo visceral. Recordó las manos pequeñas de Clara haciendo el nudo de sus zapatos porque él estaba demasiado borracho para sostenerse. Recordó que ella ya no esperaba nada de él.

—No puedo, Marcos. Hoy no. Ella me ha visto en el suelo. Clara me ha visto como si fuera un mueble roto, algo estorbando en medio del salón.

Marcos soltó una carcajada que terminó en una tos ronca y profunda que parecía arrancarle los pulmones.

—Los niños olvidan, Juli. Mañana le compras un juguete caro, la llevas al parque y volverás a ser su héroe. No te pongas dramático, que la vida ya es bastante perra sin que nos demos latigazos nosotros mismos.

Julián observó a su amigo bajo la luz amarillenta de la cocina. Vio sus encías retraídas, sus dedos temblorosos y la mancha de humedad en su camiseta. Vio a un hombre que había renunciado a todo vínculo humano para casarse con una botella. Si se quedaba allí, si aceptaba ese vaso, ese sería su futuro: una sombra en un sofá hundido esperando el final.

Julián dejó el vaso intacto sobre la mesa llena de ceniza y se levantó. El mareo persistía, pero su mente se había aclarado con una nitidez dolorosa.

—Me voy, Marcos. No voy a volver a beber. Ni hoy, ni mañana. Se acabó.

—Eso dices siempre, filósofo —se burló Marcos, apurando su propio vaso con un gesto mecánico—. Nos vemos a la hora de la cena en el bar de abajo. Guardaré tu sitio, porque sé que vendrás arrastrándote cuando el sol se ponga y la culpa empiece a apretarte el cuello.

Pero Julián no fue al bar. Caminó durante horas hasta que sus pies dolieron, luchando contra el impulso físico de entrar en cualquier taberna. Finalmente, se detuvo ante la puerta de un centro de ayuda que había ignorado durante años. Los meses siguientes fueron un descenso voluntario al infierno. La desintoxicación no fue una revelación espiritual, fue una agonía física. Pasó noches enteras empapado en sudor frío, sufriendo espasmos y alucinaciones donde las botellas vacías se convertían en monstruos que le gritaban su nombre.

Se mudó a un pequeño estudio, lejos de las tentaciones y lejos de la casa familiar, pues sabía que debía sanarse antes de pedir permiso para entrar de nuevo en la vida de Clara. Consiguió un trabajo como mozo de almacén, descargando camiones bajo el frío del amanecer. Era un trabajo que le agotaba el cuerpo pero le permitía dormir sin necesidad de sedantes líquidos. Empezó a acudir a las reuniones de grupo, escuchando historias que eran ecos de la suya. Aprendió que el perdón no

es un regalo que se pide, sino algo que se construye con la presencia constante y el silencio del que ya no tiene que mentir.

Marcos lo buscó un par de veces. Apareció en su nuevo trabajo, oliendo a vino barato y a soledad, intentando arrastrarlo de vuelta a la zona de confort de la embriaguez compartida.

—Vuelve al grupo, Julián. No seas un esclavo de este trabajo de mierda. Una copa no te matará, nos lo pasábamos bien, ¿recuerdas?

—Cada copa que yo beba, Marcos, es una palada de tierra sobre el respeto que estoy intentando recuperar en los ojos de mi hija —respondió Julián, mirando a su amigo con una tristeza infinita—. Te quiero, Marcos, pero no puedo dejar que tu naufragio sea también el mío. Vete, por favor.

Pasaron dos años de sobriedad absoluta. Setecientos treinta días de elegir la realidad sobre la neblina. Julián estaba sentado en un banco frente a la escuela de música, esperando a que Clara saliera de sus clases de piano. Tenía el rostro más curtido por el aire libre y el trabajo duro, pero sus ojos habían recuperado una claridad que él creía perdida para siempre. Llevaba una bolsa con una merienda y un libro de cuentos que habían planeado leer juntos esa tarde.

A unos metros de allí, cerca de unos arbustos marchitos, vio a un hombre harapiento discutiendo con un enemigo invisible. Era una carcasa humana, un espectro cubierto por una manta mugrienta a pesar del calor de la tarde. Era Marcos. La adicción lo había devorado por completo; ahora vivía en la calle, mendigando monedas para la próxima dosis de alcohol que mantuviera a raya sus delirios. Julián se acercó con el corazón encogido y le dejó un billete y un papel con el contacto de su padrino de rehabilitación.

Marcos lo miró, pero no hubo reconocimiento. Sus ojos eran cuencas vacías

donde solo habitaba la necesidad animal de beber. Balbuceó algo sobre "una pequeña ayuda para comer" y se alejó tambaleándose, con la mente perdida en un laberinto del que ya no quería salir. Julián sintió una puñalada de duelo por el amigo que fue su hermano, pero entendió la ley más cruel de la vida: nadie puede nadar por alguien que ha decidido que el fondo del mar es su hogar.

En ese momento, la puerta de la escuela se abrió y Clara salió corriendo. Al verlo, su rostro se iluminó con una sonrisa genuina, sin rastro de aquella desconfianza anciana de años atrás. Ya no miraba al suelo buscando botellas; miraba a su padre buscando un abrazo.

—¡Papá! ¡Mira, he sacado un sobresaliente en la pieza de Mozart!

Julián la levantó en vilo, sintiendo la fuerza de la vida en sus brazos, una fuerza que ninguna botella podría darle jamás.

—Estoy muy orgulloso de ti, Clara. Vamos a celebrarlo con un helado.

Mientras caminaban de la mano bajo el sol de la tarde, Julián miró por última vez hacia el callejón donde Marcos se había perdido en las sombras. Sabía que la diferencia entre ellos no había sido el destino, ni la suerte, ni la genética. Había sido aquel segundo eterno en el salón, cuando uno decidió que el dolor de estar presente era preferible a la comodidad de desaparecer, y el otro decidió que el espejo estaba demasiado roto para intentar arreglarlo. Julián apretó la mano de su hija y siguió caminando, sabiendo que, aunque las cicatrices permanecen, la luz del sol finalmente había dejado de herirle los ojos.